

# El constitucionalista

EDUARDO RODRIGUEZ PIÑEROS\*

---

*(Discurso en su honor pronunciado en la manifestación del 24 de junio de 1910)*

Señores:

La Academia Colombiana de jurisprudencia, —que tantas e inmerecidas distinciones ha hecho al más humilde de sus miembros, como para acreditar que, en ocasiones, la justicia distributiva no anda reñida con la benevolencia, —me ha designado para que exteriorice ante el lucido concurso que me escucha el hondo sentimiento con que ella se asocia a una manifestación que, iniciada feliz y noblemente por la Sociedad Tipográfica, aparece secundada con entusiasmo excepcional por el pueblo colombiano reunido en esta capital que, como todo él, concentrándose en sí mismo, hace provisión de vida para el siglo republicano que comienza, bajo los mejores auspicios, con el recuerdo imperecedero de los padres ilustres de la Patria, en otro tiempo granadina, entre los cuales descuellan, por sobre todas las capacidades y al igual de los más elevados patriotismos, las egregias personalidades de Camilo Torres, nuestro Demóstenes y Cicerón por la elocuencia y nuestro Catón por sus virtudes, y de

---

Miembro de número de la Academia Colombiana de Historia. Fue un gran jurista e hizo públicos dieciocho libros sobre materias del derecho. Fue colaborador de los principales periódicos del país.

Santander, con cuya figura augusta, desprovista de la sucia vestidura con que han pretendido cubrirla las pasiones sectarias que aún perduran, se puede simbolizar la justicia, y a quien desde niños conocemos con el hermoso dictado del *Hombre de las Leyes*.

Bien está que la Sociedad Tipográfica sea la iniciadora de esta fiesta cívica, como que Santander fue atildado escritor y brioso polemista que, al propio tiempo que honró a la prensa con sus hermosas producciones como uno de sus más aventajados apóstoles, como gobernante la supo respetar. A los ataques que contra sus administraciones ejecutivas se hicieron por ella, las más de las veces, con marcadas pasión y virulencia, contestó siempre oponiendo el artículo al artículo, el folleto al folleto y el libro al libro. En su diestra empuñaba entonces la pluma, no la espada vencedora en Boyacá; con esa pluma no se escribió jamás la orden de prisión o de destierro contra ningún escritor; de sus labios nunca brotó la orden verbal de proscripción, ni de sus habitaciones jamás salió el esbirro que con la fuerza bruta hiciera acallar la voz de sus adversarios que, como los de todo hombres superior, se contaron a millares.

Y así como Santander fue aventajado escritor, se distinguió en su corta y fecunda vida como el más brillante de los oradores parlamentarios que han honrado la tribuna colombiana, al decir autorizado de Camacho Roldán, lo que es mucho expresar en un país en que la elocuencia brota silvestre como brotaron en las llanuras de Casanare y del Apure los centauros mitológicos que, con las puntas de sus lanzas, rasgaron el hispano pabellón de Lepanto y de Pavia, de Baylén y La Victoria.

Sereno en las luchas del pensamiento, —con la serenidad que da el vigor, ya en la prensa, ya en la tribuna, así como lo fue en los campos de batalla como militar,— si a veces se exaltaba grandiosamente, porque en él todo tenía que ser grande, jamás cometió en ellas ninguna indignidad. Bien comprendía Santander que si la asechanza y la perfidia no son de recibo en esos campos de batalla en que se juega la vida material, tampoco pueden emplearse ciertas armas en esotras en que se juega en ocasiones la vida moral de los contendores.

Atacado él, con sobrada injusticia, por el General Eusebio Borrero, quien en el calor de una lucha parlamentaria ajó sus altísimos merecimientos y sus elevadas ejecutorias con esa injusticia. Santander se defendió con elocuencia inimitable en esfuerzo sobrehumano que cerró sobre su cuerpo la tumba terrenal, y si dejó caer sobre su

adversario aquella frase con que quiso medir la inconmensurable distancia a que de su adversario estimaba hallarse, no le hizo el cargo que en sus manos tenía y con el cual habría podido aniquilarlo personalmente, quitándole toda autoridad para el ataque.

«Navegaba el General Jackson por uno de los ríos de los Estados Unidos, cuando de improviso un marinero le dio una bofetada: el General permaneció impasible limitándose a dirigir una mirada de desprecio a su agresor. No sé qué admirar más, si la audacia del marinero, o la calma del General.»

Así medía Santander, digo, la distancia a que en esos momentos se consideraba de Borrero. Pero el arma que tenía contra éste era otra distinta de esta nota de desprecio. En su poder tenía una carta de éste, cuando era simple oficial subalterno del Ejército, en la cual felicitaba a Santander por fusilamientos que, en su discurso como Ministro del Despacho Ejecutivo, le enrostraba. Aquella carta exhibida en la tribuna habría aniquilado a Borrero; pero el empleo de ella era una arma vedada para un caballero, como que era dirigida en el seno de la amistad, y Santander, movido por ese valor civil que siempre le distinguió, juzgó que no era lícito, rota ésta, servirse de aquélla para dar muerte a su adversario.

Si algunos de éstos pusieron en tela de juicio su aquilatada honradez en el manejo de los caudales públicos en que tuvo por colaborador eminente a ese patricio venerable que honró el nombre de José María del Castillo y Rada, ninguno de ellos, en su tiempo, ni sus herederos en pasiones, después, ha sido bastante osado a disputar a Santander sus excelsas condiciones como fundador de la República y como el *organizador de la victoria* en la final epopeya que selló la emancipación americana en Carabobo, en Tenerife, en Bomboná, en Pichincha, en Junín y en Ayacucho.

Si en esos campos gloriosos no brilló una vez más la espada que en Termópilas de Paya abrió la ruta gloriosa por la cual penetró el Ejército libertador al territorio granadino, y que en el Puente de Boyacá asentó la definitiva victoria de sus armas, las fuerzas que en aquéllos combatieron pudieron hacerlo merced a la organización que se les dio, a las armas de que se les proveyó, a las contribuciones que se recaudaron para dotarlas de recursos y a la previsión de Santander que halló el medio hábil de que el mando del Ejército quedara en manos de Sucre en quien, según el Libertador, se aunaban «el talento de Santander, los conocimientos técnicos de

Soublette, el valor de Páez, la actividad de Salom y el adorable carácter de Briceño Méndez.»

Estas excelsas condiciones de Santander como Jefe del Estado, primero de la Gran Colombia, y luégo de la Nueva Granada, ha dejado de lado en discreta penumbra sus altas dotes como militar, al propio tiempo que esforzado y valeroso, conocedor de las reglas del arte de la guerra, y aun cuando soy aquí vocero de una corporación científica que, en rigor, debería limitarse a honrar la memoria de Santander en el campo del Derecho, juzgo que bastardearía ella de sus altos fines si no aprovechara la ocasión de hacer justicia, como militar, a quien, iniciado por Benítez y Gutiérrez en los memorables claustros de San Bartolomé, en esa ciencia que dotó a Roma con más iustre que el que le dieron los aceros de sus guerreros, abandonó esos claustros queridos cuando llegó la ocasión de sustituir la beca roja del Colegio por el sable libertador.

En el año de 1810, Santander había cumplido apenas dieciocho años cuando tomó servicio, y después de defender la causa de las Provincias Unidas, que era la de la legalidad, en esa época de nuestra historia llamada de la Patria Boba, se halló, unas veces como subalterno y otras mandando en jefe delante del enemigo, en las acciones de La Angostura de La Grita, Lomapelada, San Faustino, Capacho, Zulia y Llano de Carrillo.

En el luctuoso año de 1816, tomada Cartagena después de una resistencia ante la cual palidecen las de Numancia y Zaragoza, colocado Santander con las fuerzas destinadas a la defensa de Mompós, entre las huestes de Morillo, de un lado, y las de Calzada, del otro, emprendió por caminos intransitables aquella famosa retirada en la cual no perdió un solo hombre, y llevó considerable refuerzo a García Rovira, ese otro gallardo Jefe que, como él, abandonó también el estudio del Derecho, para ilustrar los anales militares del país con aquel ¡*Firmes Cachirí!*<sup>1</sup>, que no por desgraciado es menos digno de la trompeta de la fama, que el *Paso de vencedores* de Ayacucho.

Quizás en el arte de la guerra no hay una operación más delicada y que necesite de mayores firmeza, sereno valor y demás dotes

---

1. Este punto de ¡Firmes Cachirí! ha quedado dilucidado por los señores Ibáñez y Posada en el "Boletín de Historia". (Nota de la Comisión).

castrenses que una retirada. El coraje para concurrir a una batalla se anida en cualquier pecho colombiano, y los conocimientos necesarios para dirigirla residen en el cerebro de cualquier General. Sucre vale más en su famosa retirada a todo lo largo de la cordillera de los Andes, que en la misma dirección de la batalla de Ayacucho.

Santander, como militar de sereno valor y de firmeza incontrastable, fue maestro en esta clase de operaciones. La retirada de Ocaña, de que os acabo de hablar, y las marchas y contramarchas en Casanare en frente de Barreiro, fueron decisivas para la causa de la Independencia, como habría sido altamente favorable para ella la que aconsejó de todas las fuerzas; evitando el combate de Cachirí, si no por el relumbrón glorioso que tan bien sienta a los pueblos latinos y especialmente al concepto intertropical del valor guerrero, por el tino y la eficacia con que fueron ejecutadas.

La gloria militar del Libertador no necesita usurpar la de sus Tenientes, para deslumbrar a estas y a las futuras generaciones. Sus panegiristas, a quienes su entusiasmo ha hecho inconscientes, han querido añadir a la corona que ciñe la frente de su genio la audaz concepción que pertenece a Santander de penetrar con el Ejército de Venezuela y Casanare al corazón de la Nueva Granada.

No es este el lugar, ni es esta la ocasión de tratar detenidamente ese tópico de nuestra guerra emancipadora; pero sí es evidente que, en el llano de San Miguel, cuando Bolívar sugirió el cambio del primitivo plan de campaña por otro consistente en llevar la guerra a los valles de Cúcuta, Santander se opuso a ello con tan buenas razones que, apoyado por los demás jefes del ejército, se decidió la continuación del paso de los Andes, ante el cual, guardadas las debidas proporciones, se oscurece el brillo del de los Alpes que precedió a Marengo.

Y que Santander tenía razón lo probó no sólo el éxito de la campaña sino lo sucedido en nuestra última guerra civil (y ojalá este vocablo *última* tenga en la práctica toda la amplitud de su acepción característica) en que el río Chicamocha constituyó valla infranqueable para cobrar una victoria obtenida en los alrededores de Cúcuta: Pantano de Vargas y Boyacá, librados en esos valles, no habrían libertado a la Nueva Granada.

Fue Santander el fundador de uno de los partidos políticos en que se ha dividido la ciudadanía colombiana, al cual llevó todo el caudal de sus conocimientos, todo el acervo de sus virtudes, toda la elocuencia

de su palabra, todas las vibraciones de su pluma, pero no le aportó el concepto de esa falsa solidaridad política que, en ocasiones, ha llevado a sus hombres directivos a dejarse arrastrar del jacobinismo redivivo. Así, como lo ha demostrado la historia, él no tomó parte en la conjuración de septiembre, y en el año de 1840, cuando sus copartidarios resolvieron salirse del camino que él les trazara de la oposición legal y pacífica, no los acompañó a los campos de batalla, y su brillante espada, que con sus reflejos cegó a las huestes españolas, si él hubiera vivido, no habría salido a relucir ni a Tescua ni a Aratoca.

Su horror a las guerras civiles lo hizo ser severo en su represión, pero con esa severidad que se funda en la ley, no en el capricho arbitrario, como lo hizo digno al condenarlas desde los campos de oposición. No tenía él varias morales acomodaticias para las distintas posiciones de los partidos en el escenario de la vida nacional. Si algún alto ejemplo debemos sacar de la inmortal de Santander, tomemos éste de condenar la guerra civil, desde arriba y desde abajo.

Cuando se necesitó poner en acción un rasgo de valor personal al servicio del cumplimiento del deber, Santander lo hizo. En esa retirada que ejecutó con Serviez, ese prócer francés olvidado por generaciones desagradecidas, retirada que, a haber sido seguida por los patriotas granadinos, habría salvado del cadalso a la pléyade de próceres que en Bogotá sacrificó Morillo, la superioridad de Santander se impuso, y, contra su querer y pasando por sobre la jerarquía de los grados militares, fue elegido Comandante de las fuerzas unidas de Nueva Granada y Venezuela en Casanare, cuando sólo contaba veinticuatro años de edad.

A poco tiempo se suscitaron viejas rivalidades y se conspiró en el ejército para deponer al jefe elegido. Santander lo supo y solo, con su espada en la diestra, se presentó, primero ante los conspiradores principales, y luego, ante los confusos escuadrones subyugados por su audacia y por aquel aire marcial que no tuvieron ni Marut, ni Massena, ni Ney, de que hablaba el Príncipe Pedro Bonaparte, quien fue en algún tiempo su edecán:

«He conocido todas las mejestades de Europa, pero bien puedo asegurar que no he conocido a nadie en quien la naturaleza hubiera impreso con caracteres más fuertes el dón de mando, que en el General Santander; el día que llegamos a Cartagena, pasó revista a la guarnición, de levita, sin que el uniforme militar le hiciera falta alguna para imponer admiración y respeto.»

Dominados los llaneros con la presencia del jefe e impuesta la disciplina militar, Santander, ya entonces, por su sola voluntad, renunció un puesto al cual, antes, no había querido ser elevado. Se nombró en su reemplazo al *León de Apure*, y éste le confirió el mando de uno de los cuerpos en que dividió las fuerzas de Casanare.

Al recordar en estas fiestas del Centenario los esfuerzos de nuestros próceres, y al contemplar en el mapa el teatro de la guerra de la Independencia, el espíritu se sobrecoge de admiración observando que las fuerzas de la Gran Colombia, desde las bocas del Orinoco hasta el Potosí, recorrieron un territorio más extenso que el que dejó abrumado con el peso de su gloria Alejandro el Grande, desde Macedonia hasta la India, y más del doble del que el moderno César abrazó con su genio desde París hasta Moscú.

La Gran Colombia era la primera Nación del Continente suramericano cuando la independencia de él se realizó. Hoy Colombia se encuentra en poderío en lugar apenas secundario. ¿Por qué? Porque así como a España la agotó la conquista de ese Continente, a Colombia la dejó sin savia viva suficiente el esfuerzo altruísta que llevó sus huestes hasta las cimas del Potosí, y porque la magnitud de la guerra le dejó hábitos de ésta que apenas empiezan a extirparse.

Pero bien podemos abrir nuestros pechos a la esperanza. La fecha del Centenario podemos considerarla como que cierra nuestro período medioeval para principiar otro en que hemos de recuperar en este Continente la posición que teníamos cuando arrojamos del Imperio de los Incas los últimos restos de las huestes castellanas.

La hermosa manifestación que nos ha sido dable hacer al *Hombre de las Leyes*, aquilata en nosotros el sentimiento de la gratitud para con los Padres de la Patria, tiempo há olvidados y cuya memoria nos ha sido traída al sonar en el reloj del tiempo la campanada del 20 de Julio de 1910.

¡Pobres próceres los de 1810; a ellos no les fue dado ver la patria redimida ni beneficiar la victoria; a ellos les tocó el cadalso en época de desaliento entre los patriotas y de invencible pujanza de los pacificadores; a su tumba no llevaron sino el desencanto; ni siquiera alcanzaron a ver clarear la aurora de la patria libre, y si a las balas opusieron, no siquiera sus pechos que ni siquiera esa noble actitud les dejaron tomar sus verdugos, sino sus espaldas veneradas, al sentir las descargas, no pudieron siquiera dejar asomar a sus labios la sonrisa de la esperanza!

En estas fiestas del Centenario, en los programas oficiales, esos mártires quedaron olvidados. Ni un bronce, ni un mármol, ni un lienzo reproduce sus efigies en esta capital costeadado con los fondos nacionales. Sólo algunos centros sociales, corporaciones obreras y asociaciones científicas, se acordaron que habían existido para la Patria en sus primeros latidos de vida independiente, un Torres, un Caldas, un Acebedo Gómez. De resto, nada, el olvido inmisericorde que, en tratándose de nuestros mártires, constituye una suprema injusticia.

Juremos, por eso, señores, aquí ante la tumba del *Hombre de las Leyes*, ante esta tumba que la gratitud nacional le dedicó cuando la mayoría de un Congreso de libertos desagradecidos se la negó, juremos ante ella que en el año de 1916, centenario de nuestro Año terrible, después de habernos hecho dignos herederos de quienes nos iniciaron en las nociones de libertad e independencia, levantaremos, no en són de triunfo y con las banderas desplegadas a los vientos, sino con los tambores a la sordina, con religioso respeto, con recogimiento supremo, monumentos que conmemoren las figuras de nuestros mártires queridos, de quienes cayeron, los primeros, en el fragor de la batalla y sobre cuyos restos, indiferente, ha paseado la República, en carro de triunfo, a quienes alcanzaron el éxito final, a quienes les fue dado oír las dianas de la victoria. He dicho,